

a partir de los 50 años en el curso de la fusión Endesa-Iberdrola. Los afectados pasarán dos años cobrando la prestación por desempleo. El plan, pactado con los sindicatos, ha sido aprobado por el Ministerio de Trabajo, a pesar de que su titular había afirmado repetidamente que "en España se ha abusado de las prejubilaciones". Observemos que la vida laboral de estos despedidos, la mayoría altamente cualificados, habrá superado escasamente los veinte años. El despilfarro de recursos es increíble. Estas prácticas hacen que la "fidelidad" de los empleados se vuelva más cínica: ¿cómo se puede ser fiel a una empresa que te va a despedir a los 50 años?

Por otra parte, ¿qué va a ocurrir con los conocimientos y la experiencia de los técnicos que dejan la empresa? A menudo se ha dicho que los conocimientos de estos empleados constituyen un verdadero "archivo histórico" de la empresa, de valor incalculable. Son los depositarios de su *know how*. Pero no hay que preocuparse. El nuevo departamento de Gestión del Conocimiento se ocupará de registrar y archivar los conocimientos de los expertos, especialmente sus conocimientos tácitos, no plasmados en documentos escritos, de forma que puedan conservarse y ser compartidos por todos. Y aquí paz y después gloria. □

## Desde Seattle con amor

E

TONI COMÍN

n Niza, el segundo día de la cumbre europea, volvieron a las calles aquellos muchachos que la prensa llama "manifestantes antiglobalización", unos pocos grupos aficionados a la batalla campal urbana, a juzgar por las imágenes. Estos "violentos grupúsculos antiglobalización", tal y como los califican algunos medios, ¿eran un eco de la muchedumbre de Praga, la que en otoño precipitó el final de la reunión del FMI? Dado que la de Praga fue la réplica europea a la muchedumbre que en primavera abortó la reunión de la OMC en Seattle, ¿fue Niza la prueba de que la explosión de Seattle era sólo esto, una explosión, meramente reactiva, sólo "anti", sin proyecto ni horizonte alguno? ¿Tiene todo el mundo claro si deberíamos simpatizar —o hasta identificarnos— o no con los manifestantes de Seattle y Praga?

Hagamos una comparación histórica para intentar juzgar con perspectiva los acontecimientos. Dice Alain Touraine en *Qué es la democracia* (1994) que las grandes cuestiones sociales del mundo actual todavía se están percibiendo en términos morales, tal y como hicieron los filántropos de principios del XIX, antes de que llegaran a la solidez ideológica del pensamiento socialista y a la contundencia de la acción del movimiento obrero.

Si estiramos un poco esta idea, podemos obtener un útil y bonito esquema. Podemos decir que las transformaciones que sufrió el capitalismo del siglo XIX fueron fruto de un proceso que tuvo tres fases. Primero la fase moral, dominada por las buenas intenciones de los socialistas utópicos, en el mejor de los casos, y las lágrimas de las damas victorianas que leían a Dickens, en el peor de ellos. Segundo, una fase de movilizaciones sociales, dominada por la lucha del movimiento obrero, en las calles, con sus huelgas, con sus barricadas y sus muertos. En último lugar, una

fase de reformas políticas, en la que los partidos de masas, los de izquierdas —o los de derechas acuciados por aquéllos— lograron la institucionalización de los derechos sociales y el nacimiento del Estado del bienestar.

La historia no se repite, pero hay que aprender de ella. La globalización nos vuelve a poner en una tesitura parecida a la de principios del siglo XIX. Hoy tenemos un nuevo "capitalismo informacional" (Castells), nacido a partir de la crisis de los setenta gracias a la tercera revolución industrial —la de las telecomunicaciones y la informática— y la globalización no es más que la toma de conciencia de este nuevo mundo, que irrumpió plenamente tras el derrumbe del bloque del Este. Un mundo gobernado por los grandes mercados mundiales y sus señores —las bolsas, las multinacionales—, y en el que la democracia ha quedado fragmentada en multitud de estados que no tienen capacidad para controlar la economía internacional.

Se ha explicado infinidad de veces. El mercado es anti igualitario por definición. La democracia puede garantizar la justicia social cuando corrige los efectos del mercado. Pero para ello debe tener el mismo tamaño que él. En el Estado del bienestar de posguerra un Estado nacional regulaba un mercado nacional. Con la nueva revolución industrial, el mercado es ya inevitablemente global. Si el mercado es mundial y la democracia es nacional, no hay nada que hacer. El mundo es hoy una "sociedad de mercado", en el que las desigualdades aumentan al mismo ritmo vertiginoso al que aumenta la creación de riqueza. Bonita paradoja. ¿Nos conformamos? No. Pero ¿quién va a redistribuir la riqueza y a regular el mercado mundial si no existe —ni parece que pueda existir— una democracia mundial?

Volvamos a Seattle. Apenas unos días después de lo que allí sucedió, Edgar Morin hizo un artículo titulado "El siglo XXI empezó en Seattle". ¿Por qué? En nuestro esquema, Seattle sería, para nuestro capitalismo global, lo que la transición de la primera a la segunda

El principio del siglo XXI se parece al del siglo XIX. Las desigualdades aumentan al mismo ritmo vertiginoso que la creación de la riqueza

fase fue para el capitalismo del siglo XIX.

Las ONGs, de acuerdo con el papel que han jugado hasta ahora, corresponderían a la fase filantrópica de las transformaciones que aguardan a nuestro nuevo mundo. Han actuado meritoriamente durante los últimos treinta años –no casualmente nacieron a la par que el nuevo capitalismo global– pero han intentado arreglar las injusticias mundiales en términos más bien morales. Ellas, como los filántropos de entonces, son los ricos del momento que intentan trabajar por los pobres, pero sin posibilidad de cambiar las estructuras económicas y políticas que determinan la realidad. Y también a veces han parecido una especie de socialista utópico colectivo, y otras más bien una dama victoriana en piadoso paseo por los suburbios de Londres.

Los manifestantes de Seattle, y los de Praga, piden otra cosa: piden cambios en las estructuras políticas y económicas que rigen el mundo. Para ello se movilizan, como hicieron los sindicatos durante el siglo XIX –siendo ilegales en aquel entonces, por cierto. Se critica que los grupos “antiglobalización” –grupos “a favor de una globalización distinta”, habría que llamarlos para hacer justicia– no tienen un discurso único y coherente: unos pelean contra el trabajo infantil, otros contra la deuda externa, e incluso algunos por las tortugas del Ártico. Tampoco la clase obrera decimonónica, fragmentada entre anarquistas, comunistas, socialdemócratas y revisionistas lo tenía, al principio. La coherencia en el proyecto y en la acción tardó en llegar, pero cuando lo hizo su fruto fue bien visible y coherente: el Estado del bienestar, los derechos sociales, la igualdad imperfecta de la sociedad de clases medias.

Se critica que tienen tendencia a la violencia. Nada más falso. Las masas de Praga y Seattle llevaron la acción no-violenta hasta unos extremos de creatividad que dejarían pasmado al más viejo del lugar. Es su especialidad. Lo que hacen es poner al desnudo la violencia implícita en las “pacíficas” estructuras de la ley y el orden oficiales. Minorías violentas sí las hay. Pero, ¿acaso no fueron los artistas ingleses una minoría vio-

lenta dentro de la clase obrera occidental? ¿Y acaso invalida esto el papel histórico del movimiento socialista?

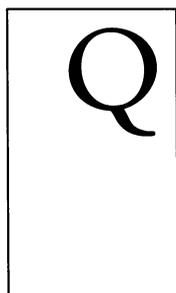
Pero hay una diferencia a tener muy en cuenta. Las movilizaciones obreras eran un levantamiento de los de abajo. Los manifestantes de Seattle y Praga son levantamientos en términos de movilización frontal, como los sindicatos decimonónicos, pero sus protagonistas siguen siendo los de arriba, gentes del mundo rico. Quizás anticipen los levantamientos de los del Sur. En cualquier caso, en un mundo en el que los de abajo sólo se pueden levantar en patera –es decir, sólo tienen a su alcance la inmigración legal o ilegal– posiblemente los del Norte estén sustituyendo, por ahora, las movilizaciones que los de abajo no consiguen articular.

Cuando los sindicatos se levantaron, en el siglo XIX, llegó el mejor efecto de las damas victorianas de la etapa anterior: directa o indirectamente, favorecieron que la represión de sus maridos contra los obreros fuera menos violenta de lo que habría sido si ellas no hubieran conocido la realidad de los suburbios industriales, con sus propios ojos o con los de Dickens. Quizás ahora, una de las grandes aportaciones de las ONGs sea ésta: generar en el Norte una reacción favorable hacia la invasión en patera que nos espera. Los pobres del mundo se están levantando por medio de la inmigración, y la sensibilización social lograda por las ONGs quizás consiga que la reacción de los ciudadanos de los países ricos no sea el racismo, sino la vergüenza.

De todas maneras, lo mejor no serán las movilizaciones del Norte y la inmigración del Sur. Esto es sólo presión para pasar a lo importante: las reformas políticas que nos pueden permitir acercarnos a algo así como una universalización del Estado del bienestar –es decir, salud, educación y trabajo para todos– y a mecanismos incipientes de democracia mundial. En cualquier caso, ahí queda la pregunta: ¿Sabe ya usted si está del lado de los manifestantes de Seattle y Praga? Quizás sea mejor hacer otra: ¿De qué lado se hubiera puesto en el siglo XIX? ¿De los obreros, de las damas victorianas o de sus maridos? □

“Un hombre solo es tan poca cosa, lo único que puede hacer es expresarse, nada más”, escribe el primer Nobel de literatura chino, exiliado en Francia desde 1988

## Gao Xingjian, un Nobel silencioso



JORDI PÉREZ COLOMÉ

Que Gao Xingjian ganara el premio Nobel de Literatura no sólo fue una sorpresa tanto para profanos en la materia como para sinólogos sino también, y sobre todo, para sus compatriotas. El nombre de Gao Xingjian –“francés de origen chino”, según la breve noticia en la prensa patria– es apenas conocido en los círculos nacionales

debido a su exilio francés; e inédito entre los jóvenes por la prohibición de sus obras a raíz de una pieza de teatro sobre los hechos de Tiananmen –*Fugitivos*– escrita ya en Francia. Conocido en Occidente básicamente como pintor, Gao es dramaturgo y escritor de dos grandes novelas, *La montaña del alma* y *El libro de un hombre solo*, además de traductor del teatro del absurdo francés e introductor de nuevas técnicas narrativas para el chino.

Su huida de la patria tras la persecución que sufrió no hace de Gao un chino excepcio-